

Memoria y desmemoria

Orwell: Memoria de Barbastro

Joaquín Coll

Su hospitalización en Barbastro, por herida de guerra, y su posterior licencia disfrutada allí y en Lérida ayudaron a George Orwell a consolidar sus reflexiones sobre la guerra civil y sobre los experimentos sociales que se estaban desarrollando en Europa.



Barbastro. Miliciano y perro en el palacio episcopal, Agustí Centelles

Con el paso del tiempo la figura de Orwell (Eric Blair) no ha hecho sino agrandarse, ha trascendido al territorio de la pura creación literaria y se ensancha hacia el ámbito de los escritores privilegiados que han atisbado el futuro a partir de los contradictorios materiales que ofrece el presente de cualquier sociedad.

Hijo de un funcionario destinado en la India, este legendario autor británico ha pasado a convertirse en un escritor imprescindible para entender la guerra civil española, y con *1984* ha subrayado el fracaso interior de quienes sucumbieron a cualquiera de los dogmas totalizadores que sacudieron el siglo XX.

Aparte del arraigo de sus libros entre generaciones de lectores sensibles a la manipulación de las libertades democráticas, la inquietud orwelliana prendió en científicos como el filólogo y ensayista social Noam Chomsky, que ha intentado aliviarnos

del otro Gran Hermano tentacular y recóndito que es el Mercado. Una pléyade de nuevos escritores como James Nolan (*Fumadores en manos de un dios enfurecido*), Juan Patricio Lombrero o George Turner... ponen su acento en la vigencia de Orwell.

Barbastro: memoria de Orwell

Un día de los ya lejanos años 80, leí en la redacción de *Zimbel*, aquel periódico barbastrense editado al rebufo de la Transición, un artículo de contraportada firmado por mi compañero de redacción Antonio Abarca que aludía precisamente a los recuerdos sobre Barbastro que el autor británico había anotado cariñosamente en *Homenaje a Cataluña*. Fueron aquel artículo y la posterior lectura del libro, las referencias que necesitaba para enriquecer mi simplista visión de la guerra civil española y consecuentemente, para que mi aprecio intelectual por Orwell se acrecentara.

Por aquellas fechas experimenté además otro repunte en mi vocación orwelliana. Fue, cuando acosados por la asfixiante sequía de publicidad que padecía el periódico, nos vimos forzados a establecer la redacción de *Zimbel* en una habitación (que fue su última morada) del más que centenarío Hotel San Ramón¹. Allí fue cobijado gracias a la largueza doña Josefina Bosch, su propietaria, una profesional de la hospitalidad que nos dio noticias nuevas sobre Orwell. En efecto, el autor de *1984* había sido huésped de su Hotel² en 1937 a lo largo de su convalecencia y en el posterior disfru-

¹ Actualmente en servicio tras su rehabilitación, el modernista (1913) Hotel San Ramón fue uno de los pioneros de la cocina de restaurante en Aragón, y estuvo regentado desde los años 20 hasta el entorno del año 2000, por D.^a Josefina Bosch, hija del fundador.

² Como antes lo habían sido Joaquín Costa, Unamuno... y una colmada nómina de hombres ilustres.

te de su licencia. La nueva pincelada humana no solo estimuló mi curiosidad por el escritor británico, sino que experimenté además, la necesidad de conocer mejor la historia de aquel singular establecimiento³.

“ La correlación de fechas existente entre su estancia en la ciudad altoaragonesa (1937) y la publicación de *Homenaje a Cataluña* (1938) facilita la sospecha de que parte de esa obra se gestara en Barbastro. ”

Las miserias de la guerra

Orwell perteneció a esa extraña saga de viajeros de allende los Pirineos enamorados de aquella España romántica que nunca existió para la gente de un país como este, tan ajeno siempre a cualquier interés que no fuera su propia subsistencia: “(...) En las tranquilas callejuelas de Lérida y de Barbastro tenía la sensación de captar un atisbo momentáneo, un lejano rumor de la España que vive en la imaginación de todos. Blancas sierras, cabreros, mazmorras de la Inquisición, palacios morunos (...)”. —De haber existido aquella España hubiera perecido definitivamente en 1987 con aquel otro británico e hispanista vecinado en las Alpujarras que fue Gerald Brenan, autor de *Labyrintho español*—. Pues bien, aquella imagen de España, tan ajustada al patrón de los viajeros decimonónicos, fue sin duda uno de los detonantes que inclinaron al joven Orwell a librar en España la que para muchos fue la última guerra romántica.

Cuando un hombre de 33 años, (aunque atesore una sólida formación intelectual) se enrola en una milicia irregular para luchar contra un ejército profesional, todo parece indicar que

estamos ante un acto de generosidad juvenil más que ante una madura convicción. Y ese arrebató de generosidad que le honra, no abandonará a Orwell en toda su vida. No tuvo contemplaciones para la felonía de los militares fascistas sublevados, y nunca ocultó su desengaño, ni a la vista de las flaquezas de aquel triste remedo de ejército de la República española.

En nuestra tercera mañana en Alcubierre llegaron los fusiles. Un sargento de rostro rudo y amarillento los distribuyó en el establo de las mulas. Estuve a punto de desmayarme cuando vi el trasto que me entregaron. Era un Máuser de 1896; ¡tenía más de cuarenta años! Estaba oxidado, tenía la guarnición de madera rajada, el cerrojo trabado y el cañón corroído e inutilizable. Todos los fusiles eran iguales de malos, algunos de ellos incluso peores.

Seguro, que las miserias que rodearon aquella horrenda guerra fueron necesarias para llenar el umbral de escepticismo que te hace sospechar de cualquier revolución y anatematizar cualquier dictadura.

Finalmente, a Orwell tampoco le dolieron prendas a la hora de denunciar la postración que sufrían los principios democráticos en aquella España atrasada y desigual, donde una desorganizada milicia de campesinos se batía desarmada y en anarquía contra un ejército.

Orwell revisa su mirada

Todo parece indicar que abandonar las trincheras y restablecerse de las heridas, reposar en suma, puede incentivar la creatividad.

Cuando Orwell regresa a Barbastro de vuelta de la sierra de Alcubierre, aparte de las posibles inquietudes derivadas de su proceso creativo, experimenta también la visión más prosaica del viajero que sabe conjugar en su memoria el lugar elegido para su viaje y las referencias que le han llevado a él. Esas sensaciones de turista también las experimenta Orwell en los sosegados días transcurridos en Barbastro:

Paseando por la ciudad, descubrí el encanto de las tortuosas callejas, de los viejos puentes de piedra, de las tabernas con grandes barriles rezumantes tan altos como un hombre, de misteriosas tiendas semisubterráneas donde se hacían ruedas de carro, puñales, cucharas de madera y botas⁴ de piel de cabra...

En la parte baja de la ciudad había un río poco profundo de color verde jade, y junto a él un escarpado risco con casas construidas sobre el peñasco, de modo que desde la ventana de las alcobas se podía escupir dentro del agua que corría a treinta metros más abajo...

Era curioso que en casi seis meses no hubiera tenido ojos para semejantes cosas. Con la licencia en el bolsillo, me sentía otra vez como un ser humano y también un poco como un turista. Casi por primera vez era consciente de que estaba realmente en España, en un país que durante toda mi vida había deseado tanto visitar.

“ Con la licencia en el bolsillo me sentía otra vez como un ser humano (...) ” dice Orwell acerca de su estancia en Barbastro. ”

Pero el tiempo es aprendizaje y cuando nuestro autor se enfrenta a las guerras intestinas de las distintas milicias republicanas en Barcelona, ya al final de su estancia en España, Orwell ya no es el joven ingenuo y sorprendido que se topa con la efervescente realidad social española; es el hombre política e intelectualmente maduro del que brotarán con posterioridad dos obras imprescindibles para conocer los trazos (vistos algunos y previsibles otros) más oscuros de la historia no escrita de Europa: *Rebelión en la granja* y *1984*.

³ Años después realicé un pequeño trabajo de investigación que, entre otros, tenía por objeto la pequeña historia del establecimiento.

⁴ Se refiere a las botas (recipientes) de cuero destinadas a beber (pequeñas) o a “boticos” para transportar vino (grandes).